

posee, mal grado de su heroísmo, de su generosidad, de su vocación democrática indómita y precoz.—No quiero adularle porque le amo; y lo primero que debo á mi país es la verdad.—Si, pues, de todo lo dicho se deduce que el municipio es una extensión de la familia y una escuela práctica de la libertad, yo no insistiré en análisis que lastiman y ruborizan. Estudiad nuestra situación: comparad y decidid..... Sufragio universal tiene la Francia, y ha soportado el despotismo que ponía trabas á su genio, derribaba sus cátedras libres, fomentaba semillas pestilenciales y la arrastró á las ignominias de Sedan.—Civilización copiosa tiene la Prusia, y los hombres se doblan bajo el peso de las ofrendas reclamadas por la deidad imperial, hostias dolorosas que no se cansa de devorar el militarismo implacable.—Un elemento de libertad no es la libertad.

LECTURA XII

Organización democrática.—Sistema federal.—La provincia.

SEÑORES:

Reparado el olvido del *Dogma socialista* respecto á los municipios, podemos reasumir su análisis tomando en cuenta la explanación de la 15ª palabra simbólica de la Asociación «Mayo», que afecta por su materia lo más atrayente de la política y lo más vivo de la revolución. La unidad y la federación se habían chocado en las corrientes de la opinión cuando ésta subió hasta los conceptos científicos: su nombre maleado hasta volverlo divisa facciosa había sido la voz de orden de arranques turbulentos que removieron el lodo en las entrañas de una sociedad enferma y levantaron la tiranía. Los que simplificaban su credo y purificaban su corazón para aliarse contra el tirano no podían satisfacerse con ponerle en tierra; le aborrecían porque era un malvado: le combatían porque enredaba el drama revolucionario; importábales concordarse para reconstruir la patria al dispersar la

grey. Iluminados por el principio metodológico que preconizaron, pidieron á la experiencia datos y vías inductivas en el problema que se veían precisados á afrontar. El capítulo que comentario encierra en cláusulas lacónicas el resultado de sus indagaciones, enumerando los precedentes unitarios y los precedentes federativos que se desprenden de la política y de la sociabilidad de nuestro país antes y después de la revolución; y á salvo errores, que llevo en parte salvados, su estudio revela detenimiento y sagacidad.—Llegado el momento de decidirse dijeron: « Abnegación de las simpatías que puedan » ligarnos á las dos grandes fracciones que se han » disputado el poderío durante la revolución ».— Como esta *palabra* podría ser obscura, la explicaron añadiendo: « abnegación, no personal, sino política »: abnegación, no de los intereses facciosos, « sino de las tendencias exclusivas de ambos principios ».

El procedimiento del *Dogma* no estaba á la altura de la ciencia. Aglomerando los datos de una cuestión principal, y absteniéndose de resolverla, frustraba su propio esfuerzo.

Del punto de mira político, encierra bajo apariencias animosas, un acto de timidez. Después de analizar los antecedentes domésticos de las doctrinas constitucionales, era indispensable pesar su mérito respectivo y escoger; pero en vez de intentarlo, se limitó á explicar las cir-

cunstancias que sinceraban á los partidos.—Esta disculpa y el lema levantado como su consecuencia pueden probar cierta imparcialidad especulativa, pero entrañan la absolución histórica y el repudio político de federales y unitarios.

La juventud de 1837 reaccionaba contra la tiranía, y al mismo tiempo contra el método, el exclusivismo y la arrogancia de los unitarios. Por eso amnistiaba todos los errores, en lo cual era equitativa más bien que generosa; pero al desvincularse de cualquier solidaridad en los entusiasmos y los odios de los antiguos partidos, se habilitaba para observar serenamente, y no podía ocultársele este hecho manifiesto en los sucesos recientes: que la tiranía surgió del desorden social y la anarquía de haber sido desoído el voto, tanto más enérgico cuanto menos reflexivo, de los pueblos, y desechado el credo en cierto modo profético de Dorrego. Si, pues, el sistema unitario había fracasado irremisiblemente después de dos ensayos: si la muchedumbre y fuertes grupos de la fracción culta pedían el sistema contrario como prenda de fraternidad y base de la unidad republicana argentina; si ella aspiraba á obras sólidas y libres de conexión con el pasado, y afirmaba categóricamente que constituir un país equivale á ordenar sus fuerzas vivas bajo el amparo de un principio en que concuerden,—se sigue, que tuvo oportunidad y luces suficientes para formalizar sin rodeos la doctrina constitucional en que más tarde buscó

la República la libertad, el bienestar y el decoro.

Sin embargo, dos obstáculos la retuvieron.

Los viejos unitarios desdénaban aquella juventud «turbulenta y romántica» que se negaba á imitar á D. Juan Cruz Varela en la restauración de telas clásicas, y pedía á su corazón lozano y á la sociedad estremecida con los sobresaltos de la primera edad una inspiración rica y flamante: su ritmo á nuestros ríos, su aroma á las brisas que rozan la sábana desierta y la flexible corona de nuestros bosques vírgenes: juventud «versátil y cismática» que se emancipaba de los que tenían en su mano «el cetro del pensamiento», y osaban promulgar un dogma novedoso «inmaturo producto de su aca-loramamiento pueril». La juventud acometía á través de este desdén como á través de las sombrías amenazas del tirano; pero no le era dado desembarazarse del respeto que le infundían los hombres envejecidos en el trabajo y en el mérito, y que por fidelidad á su bandera, se agriaban ó desfallecían en el destierro privados del sol de la patria que tan grato debe ser cuando la perspectiva ineludible ya de la muerte comienza á enfriar la sangre.—Si hubiera convenido de error á esa falange intransigente y expuesto abiertamente el sistema federal se habría enajenado su concurso en el propósito inmediato en que compartían su acción. Por otra parte, la palabra «federación» estaba desprestigiada en fuerza de resonar en labios que saboreaban

sangre ó la lisonja que abundaba en corazones cobardes.—El Sr. Sarmiento fué, que yo sepa, el primero que convertido y rectificando el *Facundo* con el *Argirópolis*, enunció valientemente la doctrina eludida en 1837 por sus contemporáneos. No sé si yerro en la explicación, pero el hecho es que sobrepasaron todos los escrúpulos de la prudencia, y que su reserva les arrojó en el absurdo.—Por no escoger entre la federación y la unidad, declararon que rechazaban uno y otro principio; y como ellos son los dos únicos sistemas concebibles para organizar una República, aparentaban aspirar á un objeto repeliendo todos los medios de obtenerlo.

Ahora, es para mí evidente que una generación no incide con impunidad en errores de tamaña importancia; porque la fe ó la duda en un principio se arraigan tenazmente en el espíritu, cuando convertidas en actos, comprometen en sentidos dados el honor ó la vanagloria de los hombres. La generación de 1837 no tenía fe en el sistema federal, ó la tenía muy imperfecta, y el excepticismo doctrinario conduce al empirismo político: las medias tintas del pensamiento se convierten en obras incompletas y en legislaciones truncas.

Hemos removido ya suficiente número de ideas para abarcar con poco esfuerzo la justificación teórica del sistema federativo. Tiene su raíz en la misma doctrina que abona la libertad de los municipios: doctrina extensa y circunstancial al mismo tiempo, que abraza, sin decli-

nar en rigor, todas las faces del derecho político y expresa la libertad en todas las graduaciones del orden social.

Si toda acción humana es un tanto más intensa cuanto mayor número de nuestras facultades y de nuestros móviles compromete: si la libertad es gobierno propio, es decir, acción del pueblo sobre sí mismo,—es cosa muy clara que la excelencia de cada sistema político está en razón de la latitud que deja á cada grupo de sociedad para gobernarse en lo que le interesa privativamente; porque en los trabajos que reclama el servicio local, el ciudadano es sostenido é impulsado, no sólo por las ideas que posee respecto del bienestar común, sino además por el patriotismo en su mayor energía. — En efecto, el patriotismo es una forma del sentimiento social, que tiene su irradiación primaria en el centro doméstico y se desenvuelve hasta la simpatía humanitaria, tanto más difusa cuanto más ancho es su radio; así es que el hombre ama más á su familia que á su grupo, á su grupo más que á su nación, á su nación más que á su raza; y cualquier otro desenvolvimiento de las afecciones es anormal, ficticio ó malsano.

Además, hemos advertido antes de ahora, que hay tanto peligro en enervar el gobierno como en hacerle formidable concentrándole. De aquí la necesidad de multiplicar sus centros, siguiendo las circunscripciones de los intereses que debe dirigir, de las relaciones que debe moderar.

Quien quiera que en virtud de estas observa-

ciones acepte la libertad municipal, no puede, siendo lógico, detenerse y rechazar parte alguna de las consecuencias que implican. — La noción de provincia confirma y completa la noción de municipio: la naturaleza y el papel de ambos son explicados por la misma ley y responden al mismo ideal. Por eso he dicho hace pocas noches que la teoría del gobierno libre y la teoría del gobierno federativo son indiscernibles. Un individuo frente á la prepotencia de una nación compacta es un infusorio en una vorágine, una molécula en la masa de un cuerpo: el total solidario le absorbe; pero robustecedle añadiendo á su dignidad el prestigio de las entidades orgánicas en que naturalmente se afilia, la familia, el municipio, la provincia: tenéis otro hombre, el hombre libre, poderoso contra el conjunto bajo la égida de la ley y que nada teme porque la autoridad que le gobierna está distribuída en una jerarquía compleja.

Prescindo de demostrar que si puede suscitarse alguna duda respecto del interés especial que sus propias afecciones sugieren á los individuos en el gobierno seccional,—ninguna tiene asidero cuando se afirma que, circunscribiendo los gobiernos, se obtiene que el de cada localidad sea ejercido con conocimiento más cabal de las necesidades é índole de la fracción sobre la cual opera.

Omito también probar que este sistema consulta como ninguno aquella regla del trabajo dirigida á obtener el mayor resultado con el menor

esfuerzo, porque dividiendo la obra y multiplicando los obreros, puede ser ejecutada fácil y rápidamente sin echar sobre los hombros tareas superiores á su fuerza y responsabilidades que sea imposible desempeñar. A este propósito responden sin duda la institución de los poderes locales en Flandes y en Holanda y bajo la actual constitución de Bélgica, los Estados particulares de Francia bajo el antiguo régimen y las asambleas provinciales en la monarquía del Brasil.

Mas, aunque me abstenga de entrar en estos aspectos de la materia, no debo descuidar otros puntos de vista, que si no me equivoco mucho, son concluyentes.

El gobierno democrático no abre empires á los pueblos como lo fingen los explotadores ó lo imaginan en sueños de sibaritismo los visionarios. Es labor y lucha: lucha constante y labor enorme, precisamente porque es la condición natural de las sociedades humanas; ninguno otro es tan difícil, y entre diversas causas, porque es delicadísimo y degenerable en dos sentidos: el despotismo y la anarquía. Pueblo que quiere ser libre debe precaverse contra el gobierno y contra sí mismo; y ninguna precaución puedo comparar á la que comporta en sí mismo el régimen federativo. Complica los resortes del gobierno, y por consecuencia, elimina las voluptuosidades corruptoras de la omnipotencia y entorpece la acción de los que han alojado en su pecho el demonio de la tiranía y de la ambición;

subdivide las esferas políticas, y por consiguiente, impide que una violencia perdonada, que una demasía victoriosa, perturben desde la superficie hasta el fondo todo un plan de garantías civiles y políticas. Es igualmente poderoso contra la anarquía. Cualquier autoridad está á la vez tanto más expuesta á corromperse y á ser derribada si pierde vigor, cuanto más simple y personalizada sea; por eso el sistema federal que cría distintos gobiernos con órbitas propias y que gravitan hacia un centro común, ataja eficazmente los asaltos de la anarquía, oponiéndole la ley y la fuerza moral de la nación, más la ley y la fuerza moral de cada entidad autonómica.

En otro sentido abunda también en seguridades para los pueblos. En tanto que la pasión que arrastra y la razón que moraliza estén desequilibradas en el hombre, todo respeto entre pueblos soberanos dependerá de la fuerza. El *Derecho Internacional* es filosofía ó es burla: especulación abstracta ó envoltura acomodaticia de todas las iniquidades que pueden ser defendidas con pólvora y con balas.—De esta situación anómala y anticristiana, pero no por eso menos real ni menos duradera, resultan dos peligros para las naciones: su debilidad ante el extranjero cuando son muy pequeñas: su debilidad ante el gobierno cuando son muy grandes y le dan una fuerza, que en lo ordinario de la historia, no les suscita respeto en el exterior sino en cambio de la inmolación de sus libertades. Sólo el régimen federal puede esquivar uno y otro

precipicio. A la ventaja de la grandeza nacional, reúne la reducción del teatro en que los gobiernos obran en lo interno, y garantiza al pueblo contra sus enemigos de fuera sin obligarle á sacrificar sus derechos so pretexto de su seguridad.

Pero aún hay otro riesgo para la democracia.—Lord Macaulay ha profetizado á los Estados Unidos el despotismo ó la devastación, el día en que el incremento de la población y de la manufactura haga subir el precio de la tierra y bajar el del trabajo manual, porque el pauperismo es más temible donde, al revés de lo que sucede en Inglaterra, sea una misma la clase que sufre y la clase que gobierna. No puedo detenerme á criticar á fondo este vaticinio; pero notaré que Inglaterra,—y ésta es su gloria y su esperanza,—no disipa las tormentas sociales sino porque cede á las exigencias justas de los que padecen, lo cual equivale á dejarles gobernar en cierta medida y en ciertos momentos; y como, además, la tendencia de sus reformas electorales sucesivas es extender el derecho político de día en día,—síguese que se salva democratizándose (1).

(1) No debe olvidarse la extensión y los caracteres especialísimos que tiene en Inglaterra el derecho de petición. Las leyes capitales son en este gran pueblo producto de una larga elaboración, y generalmente la idea de cualquier reforma entra en el parlamento por medio de *peticiones* ratificadas en dos sesiones y esclarecidas por pesquisas minuciosas y severas encargadas á comisiones de su seno y en las cuales son oídos todos los interesados en la cuestión, cualquiera que sean sus condiciones.

—El fin del gobierno no es sojuzgar una clase é impedirle quejarse por la prepotencia de la otra: es promover el bienestar general, según la hermosa fórmula de la constitución norte-americana. Lo que lord Macaulay no ha reparado es que los Estados Unidos acatando las autonomías parciales para presidir los intereses y modificar los fenómenos susceptibles de ser circunscriptos, y lo son cuantos afectan la condición económica de los pueblos, que varía por su situación geográfica, por la naturaleza de sus productos y de sus industrias,—han desarmado las contiendas sociales, porque las aislan en su teatro originario y les impiden tomar las dimensiones de un peligro nacional. En igualdad de condiciones, la ventaja está de parte del pueblo que tenga un gobierno más flexible, no por su debilidad, sino porque la perfección de su organismo le haga más acomodaticio á las transformaciones eventuales de la complexión social. Si á un movimiento de reforma originado en una necesidad viva se opone una fuerza compacta é implacable, la pasión rebosa como una corriente rota contra obstáculos que la atajan sin derivarla.

Descansa, pues, el sistema federativo en la doctrina política más sana y responde á conveniencias universales que realzo para sincerar el trabajo de fraccionamiento y descomposición que lo ha producido en la República, como interesa, más que á nadie, á los que rechazamos toda solidaridad con sus excesos y desviaciones. Los